

pálido reflejo de la luna sobre las aguas del río y sobre las rocas, y los dos religiosos arrodillados en la playa, apoyada la cabeza del uno en el hombro del otro, como dos niños, y llorando y rezando juntos por aquel jóven, objeto querido de su avanzada edad.

CAPITULO III.

LOS GODOS.

POR dos dias el jóven monge siguió la corriente rápida del Nilo, dejando atrás ciudades á la derecha y á la izquierda, y volviendo la vista á las casas de campo que descubria á uno y otro lado, hasta que alguna vuelta del río se las ocultaba; y mas de una vez se le pasaron grandes deseos de saber qué tal parecerian aquellos edificios y jardines contemplados de cerca, y qué especie de vida llevaban los miles de personas que llenaban los muelles y caminaban á pie ó en carruaje, formando un cordón inmenso por las carreteras que seguian una y otra orilla. Evitó cuidado-

samente el encuentro con todos los botes que pasaban junto á él, desde la dorada barca del propietario y del mercader, hasta la débil canoa llena de jarros vacíos destinados á la venta en algun mercado del Delta. Acá y allá vió y saludó algunos monges, que echaban sus redes en algun sosegado remanso, ó que pasaban por el camino para trasladarse de un monasterio á otro; pero todas las noticias que recibió de ellos se redujeron á decirle que el canal de Alejandria estaba aun muchas jornadas mas abajo. Parecíale que no habia de concluirse nunca aquella monótona vista de dos elevadas riberas de arcilla, con sus esclusas y azudes y sus vergeles de palmeras: era casi infinita aquella monótona série de barras arenosas y bancos de limo, idénticos todos, presentando todos á la vista la misma línea, al parecer, de maderos ó piedras, pero en realidad, como observaba Filemon al acercarse, de cocodrilos que tomaban el sol ó de pelicanos dormidos. Sus ojos, cansados con la estrechez de los límites á que podia estender la mirada, ansiaban deleitarse en la ilimitada estension del desierto, en los vagos perfiles de las re-

motas colinas que habia contemplado en su niñez, apareciendo misteriosamente al salir el sol y disipándose del mismo modo misterioso al anochecer, colinas detrás de las cuales habitaba un mundo de maravillas, de sátiros, dragones, antropófagos, elefantes, y hasta del ave fénix. Cansado y melancólico, y no pudiendo fijar su atencion por mas tiempo en los objetos exteriores, comenzó á reflexionar sobre sí mismo, y entonces recordó las palabras de Arsenio: ¿era su vocacion un llamamiento de Dios ó una tentacion mundana? ¿Cómo resolver este problema? Deseaba ver el mundo: este era un deseo carnal.... ¿pero no deseaba tambien convertirlo? ¿No habia salido del monasterio con esa noble intencion.... ambicionando el trabajo, la santidad, el martirio mismo, si era necesario que viniese, para cortar el nudo gordiano y salvarle de todas las tentaciones? ¡Ah! el martirio le ahorraria la multitud inmensa de trabajos y dificultades porque tenia que pasar para salir triunfante de ese mundo en el cual aun no habia entrado. Oprimiósele el corazon y suspiró, echando de menos la tranquilidad del amado monasterio y la vis-

ta de rostros familiares. Pero la suerte estaba echada y no le era dado retroceder.

Al volver un recodo del rio se halló delante de una barca, pintada de brillantes colores, en la cual iban hombres armados, vestidos de trajes toscos y extrangeros, y que se ocupaban con bárbara griteria en dar caza á un hipopótamo que aparecia en el agua. En la proa, uno de ellos, de gigantesca estatura, blandia con la mano derecha un arpon, mientras con la izquierda tenia la cuerda de otro, cuya cabeza se hallaba fija en el sangriento costado del hipopótamo, que echando torrentes de espuma, se sumergia unas cuantas varas en el rio. Un viejo y canoso guerrero puesto al timon, conservaba constantemente la proa del buque hácia el monstruo, á pesar de las continuas vueltas que daba, y cuando huía, veinte ó mas remos azotaban el agua persiguiéndole. Todo era en la barca actividad y animacion, y no es de estrañar que la curiosidad de Filemon le indujera á acercarse demasiado, antes de descubrir bajo un vistoso pabellon, en la popa, una docena de pares de ojos negros y

lánguidos, que se dirigian alternativa-mente á la caza y á su persona. Aquellos ojos pertenecian á unas jóvenes de lucientes cabellos, adornadas de gargantillas de oro y de ligeros trajes, que charlaban entre sí y se sonreian. Filemon se sonrojó sin saber por qué, y por medio del remo trató de alejarse de allí; pero como sus esfuerzos para huir de la influencia de aquellos ojos brillantes distrajeran su atencion de todo lo demas, no observó que el hipopótamo le habia visto, y que furioso con el dolor de sus heridas se lanzaba directamente contra la inofensiva canoa. La cuerda del arpon se enredó entonces en el cuerpo de Filemon, y en un momento él y su barquilla zozobraron, mientras el monstruo se acercaba con la boca abierta y enseñando sus grandes y blancos colmillos.

Por fortuna Filemon, que habia tenido siempre por costumbre bañarse, nadaba como un barbo; jamas habia conocido el miedo, y la muerte habia sido para él, lo mismo que para los demas monges sus compañeros, un objeto demasiado frecuente de contemplacion, para que llevase consigo ninguna idea

de terror, ni aun en el momento en que parecia que iba á comenzar á vivir. Ademas, el monge era hombre y joven, y no tenia intencion de morir sin defenderse. Así, pues, en breve se desembarazó de la cuerda, y dejándose ir de repente á fondo, evitó el ataque del monstruo; despues, sacando el cuchillo corto, única arma que llevaba, le atacó por detrás á cuchilladas, que aunque no muy profundas, iban teniendo cada vez mas de sangre las aguas del rio. Los bárbaros lanzaron gritos de júbilo, y el hipopótamo, volviéndose furiosamente contra su nuevo agresor, deshizo en menudos fragmentos la canoa de una sola dentellada. Sin embargo, aquella vuelta le fué fatal, porque la barca de los guerreros le seguia de cerca, y al presentarse descubierto, el fuerte brazo del gigante le arrojó el dardo, que atravesándole el corazon, le dejó muerto flotando sobre las aguas.

¡Pobre Filemon! El fué el único que guardó silencio en medio de aquella confusion de gritos de triunfo. Comenzó á nadar tristemente al rededor de los restos de su canoa... y halló que no se hallaban en estado de sostener una

mosca. Miró á la orilla distante, pensando dirigirse á ella; pero se detuvo temiendo los cocodrilos.... miró á la barca, y pensó en aquellos ojos de basilisco.... Podia librarse de los cocodrilos; pero, ¿cómo evitar el encuentro de las mugeres?.... Esta reflexion le hizo dirigirse resueltamente hácia la orilla, cuando observó que le impedian el paso con la barca, desde la cual uno de los bárbaros le arrojó una cuerda y le subió á bordo entre las risas, las exclamaciones, los gritos de la tripulacion, que esperaba como cosa natural que se hubiese aprovechado de su auxilio, y que no podia comprender la causa de su repugnancia á aceptarlo.

Filemon contempló asombrado á sus extraños huéspedes, su blanca tez, sus cabezas y rostros redondos, sus pómulos salientes, sus colosales estaturas, sus atléticas formas, sus barbas rojas, sus cabellos dorados formando un fantástico nudo sobre la cabeza; sus feos trajes, medio romanos, medio egipcios, medio extrangeros, manchados y estropeados en los asaltos y en las batallas, y adornados sin gusto y sin arte, pero con clásicas joyas, broches y monedas

romanas ensartadas á modo de collares. Solo el piloto, que se habia adelantado á ver el hipopótamo y á ayudar á subirlo á bordo, parecia conservar el verdadero y sencillo traje de su raza, botines de piel de venado, coraza de cuero entretelada, capa de piel de oso, cuyo único adorno eran las uñas de la misma fiera, y una franja de penachos grises, que parecian cabelleras humanas. El idioma en que hablaban era completamente ininteligible para Filemon, aunque para nosotros no es necesario que lo sea.

—Este es un noble y valiente muchacho, amigo Wulf, hijo de Ovida, dijo el gigante al héroe de la capa de piel de oso, y entiende el arte de llevar pieles en este clima abrasador casi mejor que tú.

—Yo conservo el traje de mis antepasados, Amalrico el Amal. Lo que fué bueno para saquear á Roma, tambien lo será para entrar en Asgard.

El gigante, que tenia yelmo, coraza y borceguíes senatoriales, y una especie de traje romano entre militar y civil, y llevaba al cuello como una docena de cadenas de oro y los dedos llenos

todos de joyas, volvió la cara á otra parte con gesto impaciente.

—¡Asgard, Asgard! Si tanta prisa tienes por llegar á Asgard, pregunta á ese muchacho cuánto dista de aquí.

Wulf hizo lo que Almarico le mandaba y dirigió su pregunta á Filemon, el cual no pudo responderle sino moviendo la cabeza.

—Pregúntale en griego.

—El griego es lengua de esclavos, haz que le hable un esclavo, no yo.

—¡Hola! que venga una de esas muchachas: Pelagia, tú que entiendes la lengua de este mozo, pregúntale cuánto hay de aquí á Asgard.

—Háblame con mas cortesía, héroe salvaje, contestó una voz dulce que salía de debajo del pabellon. A la belleza se la trata con mimo y blandura, no con imperio.

—Ven, pues, gacela mía, palmera mia, mi flor de loto, mi... ¿qué fué la última tontería que me enseñaste? Ven y pregunta á este rústico maneebo cuánto está de aquí esa maldita conejera de Asgard, á la cual parece que no hemos de llegar nunca.

Levantose la cortina del pabellon, y

sentada en blandos y lujosos almohadones, abanicada con plumas de pavo real y resplandeciente de rubíes y topacios, apareció á los ojos atónitos de Filemon una muger como de veintidos años, formada por el tipo mas voluptuoso de la belleza griega, y cuya tez trasparente dejaba descubrir el ligero azul de las venas al través de su lustroso color moreno. Sus pequeños piés, desnudos al pisar los almohadones, parecian mas perfectos que los de la misma Afrodita, y mas suaves que el pecho de un cisne. Su túnica de gasa descubria los contornos de su busto y de sus brazos, y desde la cintura abajo estaba envuelta en una tela de seda de color de naranja, bordada de guirnaldas de conchas y rosas. Su pelo negro caía esparcido sobre la almohada en mil rizos, sujetos con oro y joyas; sus lánguidos ojos brillaban como diamantes debajo de unas pestañas negras, y sus labios, plegados por naturaleza ó por hábito, parecian siempre en actitud de besar. Levantó negligentemente su mano, abrió con lentitud sus labios, y en el lenguaje ático mas puro y melodioso, hizo á Filemon la pregunta que su gigantesco amante de-

seaba. Despues, sin dar tiempo á que el jóven monge contestase, dijo:

—¿Asgard? ¿Qué es Asgard?

—La ciudad de los dioses inmortales, respondió el anciano guerrero en tono aspero.

—La ciudad de Dios está en el cielo, dijo Filemon á su intérprete, procurando evitar aquellas miradas brillantes y escudriñadoras.

Su respuesta fué acogida con una carcajada general por todos, menos por el gefe, que se contentó con encogerse de hombros.

—Tanto cuesta, creo yo, subir al cielo, como subir por el Nilo; y la misma probabilidad tenemos de llegar á él volando que navegando rio arriba. Pregúntale, Pelagia, en dónde nace este rio.

Pelagia obedeció.... y aquí siguió una narracion confusa de todas las imposibles maravillas de aquella tierra encantada que habia aprendido Filemon en su juventud y de las tradiciones igualmente quiméricas que los godos habian recogido en Alejandria. Segun ellas, el Nilo subia hasta el Cáucaso. ¿Dónde estaba el Cáucaso? Filemon no lo sabia.... En el Paraiso, en la India Etiópica....

en la Etiopia índica. ¿Dónde estaban ellos? Tampoco lo sabia Filemon ni nadie. El rio corria por espacio de ciento cincuenta jornadas, atravesando desiertos habitados tan solo por serpientes voladoras y sátiros, y en que el calor abrasaba hasta las melenas de los leones....

—Buena caza habrá allí, aunque no haya mas, entre esos dragones, dijo Smid, hijo de Troll, maestro armero de la partida.

—Tan buena como la de Thor cuando cogió á la serpiente Midgard con la cabeza de toro, dijo Wulf.

—Despues el rio volvia hácia el Oriente por espacio de cien dias mas de camino, rodeando la Arabia y la India y atravesando selvas llenas de elefantes y de mugeres con cabeza de perro....

—¡Tanto mejor, Smid! gritó Wulf regocijado.

—Allí estará barata la carne fresca, príncipe Wulf, ¿eh? dijo Smid. Debo prevenir saetas.

—Hasta llegar á las montañas de los Hiperbóreos, donde reinaba una eterna noche y el aire estaba lleno de plumas.... Uno de los tres brazos del rio nacia allí.

Otro venia del Océano Austral, mas allá de las montañas de la Luna, donde nadie había estado, y el tercero del país donde vivia el fénix, país cuya situacion era desconocida de todo el mundo. Además, el rio tenia cataratas é inundaciones, y mas allá de las cataratas no había sino montes de arena llenos de diablos de un extremo á otro. En cuanto á la ciudad de Asgard, nadie había oido hablar de ella.

Conforme iba hablando Filemon, y Pelagia interpretando bien ó mal lo que decia, se iban poniendo mas serios los rostros de los bárbaros, hasta que al fin el gigante mordiéndose la mano y dando una palmada en la rodilla, juró que no daría un paso mas rio arriba en busca de Asgard.

—No hagas caso del fraile, gritó Wulf. ¿Qué sabe ese pobre bestia de cosas como esas?

—¿Por qué no ha de saber un monge tanto como un gobernador romano? dijo Smid.

—¡Oh, los monges lo saben todo! exclamó Pelagia. Ellos suben el rio por espacio de cientos y miles de millas, y atraviesan desiertos pasando por entre

diablos y monstruos, que devorarían á cualesquiera otros.

—¡Oh, santos varones! dijeron á una voz las demas jóvenes: todas esas maravillas las hacen con solo la señal de la cruz. Y se santiguaron; y aun se hubieran arrodillado delante de Filemon para pedirle su bendicion, si el miedo á los godos, sus amantes, no se lo hubiera impedido.

—Dices bien, Smid, dijo Amalrico: ¿por qué no ha de saber este monge tanto como el prefecto? Yo creo que el prefecto se burló de nosotros cuando dijo que Asgard no distaba sino diez jornadas.

—¿Por qué razon? preguntó Wulf.

—Yo nunca doy razones. ¿De qué serviría ser Amal é hijo de Odin, si tuviese uno que andar dando razones á cada paso como un miserable leguleyo romano? El gobernador tiene cara de embustero, y este monge por el contrario, por su traza parece un muchacho honrado, y prefiero creerle mejor que al otro. Por consiguiente, no hay mas que hablar.

—No me mires con esos ojos, príncipe Wulf: no es culpa mía; yo no he he-